

Así, pues, la familia va a ser un refugio frente a la sociedad hostil, un lugar privilegiado para disfrutar del consumo de bienes y servicios, incluidas las nuevas tecnologías.

El problema surge cuando la mujer se rebela y reivindica su libertad y sus propios deseos de gratificación. Aparece entonces un nuevo juego en las producciones de ficción de masas que revitaliza el papel del padre, que pasa a asumir la función que la madre ya no desempeña, la cual es condenada implícitamente como la responsable de la desestabilización del hogar (argumento que aparecen en películas de gran éxito como «Gente corriente», «Kramer contra Kramer» o «El Campeón»).

Al final de su obra, M. Mattelart se pregunta si hoy día la liberación de la mujer puede significar el asesinato simbólico de la madre, al igual que en sentido freudiano, la liberación del hijo pasaba por el rito simbólico de matar al padre.

Afortunadamente, la capacidad de respuesta y de crítica de gran parte de la sociedad es hoy evidente, y no hay por qué dudar que las osbervaciones de Mattelart pueden contribuir eficazmente a ello.

MONICA EGEA RECHE

FINKIELKRAUT, A., *La Derrota del Pensamiento*, Ed. Anagrama, Barcelona, 1987.

Las incongruencias y contradicciones de la cultura actual y, especialmente, de las instituciones que se ocupan de su gestión, son tan patentes que resulta sencilla la tarea de exponerles a la pública irrisión.

Alain Finkielkraut está dotado de una agudeza poco común y del arrojo suficiente como para no detenerse ante nombre alguno de los maestros en boga, por venerables que puedan parecer.

La contradicción a la que A. Finkielkraut dedica más atención es la originada por el choque entre la libertad fundada en la razón moderna y el poderoso movimiento de defensa de las diversas identidades culturales que no aceptan una razón que, a sus ojos, no es sino un intento europeo de dominación. Dos textos de Lévy-Strauss —«Race et histoire» (1951) y «Race et culture» (1971)— le sirven para poner de relieve la inseguridad de quienes aplaudieron el primero y denostaron el segundo. Ve en esta contradicción un episodio cuyo antecedente se produce al final de la época de las luces entre el último racionalismo y la concepción herderiana y romántica de la nación. Finkielkraut está del lado de la razón universal, de la vieja tradición europea de las luces en su lucha contra los prejuicios. El racionalismo quería fundar la vida colectiva en la adhesión racional a un proyecto comunitario. Frente a él, el romanticismo hacía derivar de fuentes irracionales la pertenencia a un grupo sin que tal pertenencia se

fundara en la libertad humana. Habría que preguntarse por qué se produjo un cierto cansancio en el racionalismo europeo y si la conciencia de la libertad no se vio obligada a respetar los datos históricos sobre los que se desarrolla la autonomía racional.

Finkelkraut no entra en la discusión de estas preguntas y se limita a denunciar las contradicciones con cierta malignidad subrayando las «renversements des alliances» que en estos últimos decenios se han producido entre los grupos que han dirigido la vida cultural mundial, especialmente en la UNESCO.

El libro de Finkelkraut que comentamos será considerado como un exponente del pensamiento «reaccionario». Pero no por ello dejará de plantear ciertos interrogantes incómodos. Es claro que el racionalismo de las luces acabó —al menos, en ciertos círculos— en un «alejandrismo» en el que la razón sólo sabía de sí misma y de su reflexión sobre sus propios productos. Frente a este agotamiento, el afán entusiástico que procura «aquí y ahora», inmediatamente, el contacto con la vida misma, la exaltada inmersión con la pujanza biológica juvenil, resulta, a primera vista, una renovación, un realismo creador. Finkelkraut arremete también contra este abandono de la razón y del pensamiento en favor de lo que él considera el fanatismo de nuestros tiempos.

En los albores de la Edad Moderna Lutero, en su lucha contra fanáticos y contra racionalistas, miraba con pesimismo el espectáculo de una naturaleza humana que, de hecho, se curva sobre sí misma, impidiéndose el acceso a mayores metas. También hoy hay que plantearse si la defensa de la cultura, de la civilización y de las identidades nacionales ha superado su fase narcisista y es capaz de establecer una comunicación con lo que le desborda, con todo aquello que la humanidad ha creado con valor universal.

JOSÉ MARÍA ARTOLA

BARNES, B., *Sobre Ciencia*, Labor, Barcelona, 1987.

En este libro *Sobre ciencia*, que no de ciencia, Barnes presenta un estudio que, tal como él nos dice, se ocupa de «la ciencia como actividad, de la forma en la que la ciencia se ordena y organiza y, especialmente, de la relación de la ciencia con el resto de la sociedad». Quizá el fundamento de su enfoque podemos resumirlo con las palabras con las que el autor cierra el libro «el conocimiento se apoya en la colectividad». De ahí que nos encontremos con un libro que nos presenta a la ciencia no como un conocimiento aislado, sino muy al contrario, como un conocimiento que